

tras cabezas una amenaza de guerra sin objeto y sin honor, porque habría acabado por ponernos en el más absoluto ridículo. Desgraciadamente, el tratado contenía una modificación del de Guadalupe, que nos fué bien perjudicial.

¶ La administración santanista, lujosamente despótica y derrochadora, machacando todos los derechos individuales, subordinando el tesoro y la justicia á los apetitos del Presidente, dándose ínfulas de monarquía dictatorial y de napoleonismo del segundo tipo (el de Napoleón III), corría á la ruina; todo exceso camina al suicidio en una forma ó en otra; el gobierno del dictador, sobre todo después de la muerte de Alamán, el jefe sagaz y prudente del partido reaccionario, sólo supo administrar por medio de excesos; evidentemente se suicidaba.

¶ Es claro que el temor es principalísimo resorte de gobierno; no es el único; es de efecto temporal, pronto precario, si no lleva aparejado un asentimiento general aunque tácito de que la fuerza está sirviendo para sostener un sistema racional de gobierno humano. Es indispensable, pues, que esa fuerza moral, el asentimiento, se halle complicada con la fuerza física: «la fuerza de las bayonetas», como en la jerga política se dice. Y en Méjico, país esencialmente ineducado entonces, ahora apenas educado en algunos de sus núcleos orgánicos importantes, ¿qué asentimiento podía haber, qué opinión pública podía regularizadamente manifestarse? Ninguna; ni por su órgano habitual, la prensa, que no existía en realidad, ni por las asociaciones, perseguidas hasta cuando tenían carácter literario, cuando se extremaban sus homenajes á algún prócer de las letras (como sucedió con el poeta español Zorrilla), promoviendo los celos del único que se creía digno de ser exaltado. Esto, visto desde aquí, es ridículo; pero sentido allí, con sus odiosas minuciosidades, resultaba diabólicamente doloroso y depresivo. Las únicas asociaciones que podían haber limitado el desenfreno del dictador eran las indestructibles, las tradicionales, las seculares: el CLERO, que, acariciado y exprimido á la vez por Santa Anna, no acertaba á manifestar su inconformidad y murmuraba sin dañar; el EJÉRCITO, que estaba identificado con su jefe providencial (por tal se le tenía), y la BUROCRACIA; esta clase más inteligente, más egoísta y más miedosa que las otras, preveía los cambios futuros, porque comprendía, con la experiencia acumulada de generación en generación, que los regímenes excesivos no sólo no duran, sino que traen cambios violentos y remociones de las clases hasta en sus asientos. Y aunque los jefes eran adictos á S. A. S. y algunos siguieron siendo sus apasionados, la gran masa burocrática, sin sueldos frecuentemente, oponía esa inercia, que acaba por obstruirlo todo, á la marcha de nuestra ya destartada máquina administrativa. Y como estaba ligada con la sociedad mejicana en toda la escala, FRONDEABA de lo lindo, murmuraba en los corrillos y tertulias, hacía profecías pesimistas y... veía venir.

¶ La opinión tomó la forma de un PRONUNCIAMIENTO. Era el pronunciamiento número nueve mil quinientos, y no había por qué preocuparse de ello. Era una

revolución. Muchos lo sintieron, lo previeron; desde luego, el número enorme de los descontentos, de los perseguidos; después, el gobierno mismo. Casi no era un pronunciamiento militar; el elemento militar permanente no tomaba parte alguna en el movimiento; el plan no contenía otra cosa que la resolución de ECHAR POR TIERRA AL TIRANO, la fórmula orgánica del gobierno que debía substituir provisionalmente al derrocado y la promesa de una asamblea nacional que decidiría cómo y por qué ley debería regirse la República. En suma, el país debería estar sometido á una ley y no á un hombre. Pero precisamente la ausencia de todo programa de ideas daba cabida á todas, y las reinantes, las que estaban en la atmósfera (y eso desde la invasión norte-americana) eran LAS REFORMISTAS: acabar con los privilegios, destruir las excepciones, realizar el programa de igualdad caro á los pueblos latinos, hasta el grado de que para ese fin no tienen inconveniente en someterse á césares que lo nivelan todo á sus pies. Pero para destruir las desigualdades, no en el terreno social porque esto era imposible, sino en el terreno legal, único modo de fundar la democracia, era preciso someter el ejército á la autoridad civil, y privar al clero de sus riquezas para fundirlo en el resto de la sociedad civil. En este programa de reformas todo el partido liberal estaba de acuerdo, todo; los que pretendían que no podía realizarse sino por partes, eran LOS MODERADOS, y PUROS los que creían que todo podía y debía hacerse de golpe. Los sucesos demostraron que el primer punto de vista prevaleció primero (leyes de fueros y de desamortización) y que el segundo, que le sucedió inmediatamente casi, provino de la desapoderada resistencia al primero del ejército y del sacerdocio en plena rebelión.

El gobierno comprendió que tal programa, leído al trasluz del Plan de Ayutla, iba á producir una profunda conmoción y que, domiciliado el movimiento revolucionario en Guerrero, teniendo por centro y reparo á Acapulco desde el cual velaba la firme prudencia del coronel, del ya general Comonfort, perduraría; aquéllos eran inexpugnables baluartes naturales, y Acapulco no sería debelado mientras no tuviese perdido el mar.

La resolución de aglomerar todos sus recursos sobre aquel foco para extinguirlo, era cuerda, fué la de Santa Anna; mas disponiendo de tamaños recursos no se concibe cómo no aseguró el asedio de Acapulco por mar, no deficientemente como se hizo, sino con todo rigor y todo vigor. De lo contrario, ya podían los paseos militares asumir un gran aspecto triunfal y verificarse la marcha de Méjico al Océano Pacífico sin mayores tropiezos (calificados los que hubo de GRANDES BATALLAS y VICTORIAS DECISIVAS); lo que la gente sensata iba á ver, lo que vió, fué que el núcleo principal quedaba incólume y que la rebelión tenía una fuente de vida que el gobierno había sido impotente para cegar.

La revolución fué muy lenta en sus comienzos; el desasosiego del país era intenso, la alteración sorda de la vida nacional era innegable, y los síntomas de una exacerbación del estado patológico, característico de nuestra sociedad desde la independencia, se multiplicaban; ahogado por la presión física del ejército de S. A. S., el movimiento no estaba sofocado, pero sí coercido en su foco. Pasaba á Michoacán y ahí cundía; luego estallaba en Tamaulipas y allí tampoco

podía ser dominado; la frontera estaba también en equilibrio inestable, pero, en suma, nada indicaba una conflagración general, sino una trabajosísima lucha obscura que se desenlazaría gracias á algún imprevisible acontecimiento.

En verdad el dictador hizo uso de los recursos clásicos contra sus enemigos; el medio favorito, ya lo dijimos, fué el terror; destrucción de las propiedades de los rebeldes ó de los sospechosos, comenzando con una del viejo general Álvarez, que al ponerse al frente del levantamiento parecía ligarlo con la época de la independencia y hacerlo una consecuencia de ella; pillajes, saqueos, incendios, arrasamiento de poblaciones, con su séquito de lujuria y muerte. Los desmanes fueron tales, tales los crímenes, se extremó tanto la crueldad, preludio de los calamitosos episodios de la «guerra de tres años», que Don Santos Degollado, que era la verdad pura, la verdad humanada, pudo decir á raíz del triunfo de la revolución de Ayutla: «Los diocesanos de la República, los párrocos y los ministros todos del culto, presenciaron en silencio los asesinatos, los robos, las confiscaciones y el sacrificio de millares de víctimas inocentes que inundaron de sangre el suelo mejicano..... Muchas veces fueron testigos de que se llevara al patíbulo á los hijos de Jesucristo, sin permitirles la preparación de la confesión que se les negaba, y con frecuencia presenciaron que los cadáveres de los cristianos quedaron insepultos y destinados EXPROFESO á alimento de los animales carnívoros.» Inútil es afirmar que los guerrilleros y los PINTOS cometieron en nombre de la libertad y del HACHA, como ya solía decirse, idénticas atrocidades; esto era forzoso, y las guerras civiles siempre han tenido este feroz aspecto. Cuando el terror no surtió todo el efecto deseado, entonces se recurrió á una manifestación unánime de adhesión al déspota, y esta manifestación tuvo la forma de un PLEBISCITO, naturalmente; Napoleón III fué el tipo y el modelo de los césares de aventura que nos llovieron á todos los latinos en las medianías del pasado siglo con una fórmula antiparlamentaria y de SALVACIÓN SOCIAL en la mano. Y como el César debía ser un elegido del pueblo, poseedor de LA VOZ DE DIOS, el plebiscito, amasijo de egoísmo de los burgueses, de carnerismo (acción de ir sin conciencia por donde el morueco va) de las masas y de servilismo de los burócratas y polizontes, es el medio más cómodo para obtener un inmenso Sí, V. A. S. ES EL HOMBRE NECESARIO, que al día siguiente de cualquier desastre se convierte en un No formidable, como sucedió con Santa Anna y con su tipo Napoleón III.

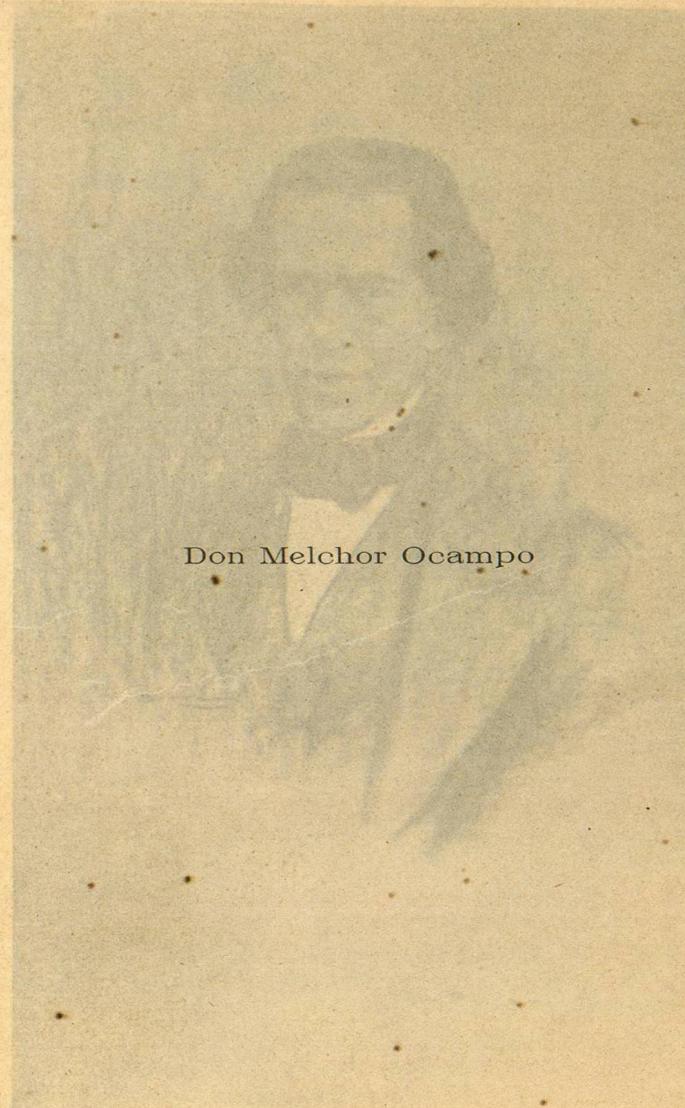
Pero ni campañas, ni fusilatas, ni plebiscitos servían para otra cosa que para foguear á los contrarios, poner en ridículo á la administración y exasperar terriblemente el ánimo público. La única razón de ser de los despotismos es la paz; cuando la paz no es el resultado normal sino la guerra, el déspota no tiene razón de ser: á otra cosa ó á otro déspota, ésa es la verdadera vox POPULI.

Comonfort había ido en busca de recursos á los Estados Unidos, y gracias á la intrépida confianza del banquero Ajuria los había encontrado; ya medianamente pagada y vestida, la revolución cundió como una mancha de aceite por la República. El dictador hizo una vana tentativa para sofocar el movimiento en Michoacán, en los primeros meses de 1855, caliente aún el pan del plebiscito, y había regresado á Méjico dejando una huella de fusilados y colgados, pero más vi-

goroso que nunca aquel verdadero levantamiento popular que sólo había tenido análogo en la lucha de independencia. Lleno de desaliento y comprendiendo que era imposible vencer aquella obstinada resistencia en que sentía al país entero complicado, Santa Anna sólo pensó en marcharse á tiempo para evitarse riesgos y tropelías. Y un día se fué (Agosto de 55).

¶ La colonia de proscritos establecida en New Orleans no había permanecido inactiva; Juárez, retirado á la vida privada al triunfar el malhadado plan de Jalisco, esperaba, desde el momento que Santa Anna se había declarado dueño de todas las garantías y dispensador de todos los derechos, una política de persecución y amordazamiento, en la que todos los liberales prominentes quedaban comprendidos. No fué, pues, una sorpresa para él ni su captura en Etlá en Mayo de 53, ni su confinamiento á Jalapa, ni su extracción violenta de una casa amiga en Puebla, por la mano airada del famoso Pepe Santa Anna, que había encontrado honroso convertirse en esbirro de su padre y que llevaba en la ciudad santa del clericalismo una vida sultánica, ni su prisión de algunos días en las TINAJAS horrendas de San Juan de Ulúa, ni su destierro. No fué una sorpresa, pero sí un inmenso trastorno en sus intereses y en su vida doméstica. Tiempo hacía que estaba casado con la hija del antiguo patrón de su hermana y había conservado el contacto con aquella casa benéfica; cuando fué ya un abogado distinguido y un político importante, pudo pretender la mano de la joven hija del Sr. Maza, de origen italiano. La blanca y hermosa joven, que hasta su muerte conservó bien, con el porte señorial y la afabilidad constante, el atractivo de un aspecto por extremo simpático, no desdennó unirse con el tzapoteca, y este rasgo bastaría para tenerla por mujer superior, si toda su vida de fidelidad, no sólo al deber, sino á la misión de su esposo, no autorizasen plenamente este concepto. (Los poetas comenzantes en 67, cuando la generación á que pertenezco entraba en el período triunfal de la juventud, guardamos un recuerdo cariñoso de aquella mujer que tenía palabras tan bondadosas y tan altas para aplaudirnos y animarnos.)

¶ A mediados de 53 Juárez estaba en New Orleans. Allí había un grupo de hombres conspicuos que esperaban con incontrastable fe el fin de la tiranía y que meditaban largamente en afianzar el porvenir de las ideas reformistas en Méjico. Juárez era respetado por todos; su reputación de gobernante integérrimo le había precedido en aquella colmena de ideas y de nobles ambiciones. Pero la personalidad saliente era la de Ocampo, hombre de pensamiento y de acción, agricultor, naturalista, economista, hombre público por amor al bien público, sin otra ambición que la de hacer algo por su país en el sentido que creía que debía hacerse. Para comprender la grandeza moral de este discípulo de Rousseau y alumno de Proudhon, precisa tener en cuenta su desinterés absoluto; no es ya un misterio para nadie el origen irregular pero encumbrado del Sr. Ocampo; la dueña de la hacienda de Pateo le legó sus bienes (v. Pola : MELCHOR OCAMPO; II), y la for-



Don Melchor Ocampo

goroso que dicea aquel verdadero levantamiento popular que sólo había tenido
antigo en la lucha de independencia. Lleno de desaliento y comprendiendo que
era imposible vencer aquella obstinada resistencia en que sentía al país entero
complicado, Santa Anna sólo pensó en marcharse a tiempo para evitarse riesgos
y tropelías. Y un día se fué (Agosto de 55).

La colonia de prescriptos establecida en New Orleans no había permanecido
inactiva; antes, reducida a la vida privada al triunfar el malhadado plan de Ja-
lisco, seguía, hasta el momento que Santa Anna se había declarado dueño de
todas las facultades y disposiciones de todos los derechos, una política de perse-
cución y persecuciones. En la que todos los liberales prominentes quedaban
comprendidos. No fue, pues, una sorpresa para él ni su captura en Esla en Mayo
de 55, ni su confinamiento a bordo de la extracción violenta de una casa amiga
en Puebla, por la algarabía armada de don Pepe Santa Anna, que había encon-
trado refugio en el domicilio de su padre y que llevaba en la ciudad santa
de algunos días en las tinajas.

Don Melchor Ocampo

No fue una sorpresa, pero sí un
tiempo hacia que
y había conservado
fue ya un abogado distinguido y
un político importante. Pretendía la mano de la joven hija del Sr. Maza, de
origen italiano. La familia era hermosa y joven, que hasta su muerte conservó bien,
con el pelo oscuro y la afeblida, el atractivo de un aspecto por ex-
traordinario, no desdieró unirse con el viapoteca, y este rasgo bastaría para
hacerla por mujer superior, si toda su vida de fidelidad, no sólo al deber, sino á
la causa de su patria, autorizasen plenamente este concepto. (Los poetas co-
municaron en la generación á que pertenezco entraba en el período
de la vida de la mujer, un recuerdo cariñoso de aquella mujer que
era la vida de la patria para aplaudirnos y animarnos.)

New Orleans. Allí había un grupo de hom-
braves que se propusieron el noble fin de la tiranía y que
de las ideas reformistas en Méjico.
gobernante integérrimo le había
ambiciones. Pero la persona-
miento y de acción, agricultor,
bien público, sin otra am-
crela que debía hacerse.
de Rousseau y alumno de
absoluto; no es ya un misterio
del Sr. Ocampo; la dueña de
MELCHOR OCAMPO; II), y la for-

